

partido adicto á Roma y á tener en su favor á alguno de los miembros de las familias reinantes. Por esto supieron captarse las simpatías del hijo menor de Filipo, Demetrio, que ya habia estado, como rehen, en Italia, donde se habia conquistado general aprecio. Cuando Filipo, irritado por el órden que habia recibido de los romanos de evacuar la ciudad tracia de Maronea, toleró en el año 183 que los mercenarios tracios hiciesen una horrible carnicería en los habitantes de ésta, y en su consecuencia se le acusó por éste y otros hechos ante el Senado, Demetrio fué el encargado de arreglar en Roma este conflicto. Pero al ver que á él se debió el no haberse roto las relaciones entre Roma y Filipo, y al saberse que Flaminio hacia concebir esperanzas sobre la sucesion del trono de Pella á Demetrio, hijo legítimo del rey, y amigo de los romanos, nació en la familia real la disension que terminó con el hecho sangriento de que se hizo reo el feroz Antigónida. En efecto, Perseo, dejándose llevar de su odio contra Roma y envidioso de su hermano, que parecia amenazar sus derechos á la corona, persuadió al rey en 181 á envenenar á su hijo.

Filipo murió en el año 179, cuando se ocupaba en adiestrar, reforzar y organizar su ejército y en aumentar el número de sus vasallos con los emigrantes tracios, y cuando acariciaba el proyecto de dirigirse contra Italia y de entrar en negociaciones con los bastarnos germánicos del bajo Danubio que debían atacar á los dardanos y ayudarle luego contra los romanos.

Su sucesor, Perseo, á pesar de la antipatía que sentía hacia los romanos, no era tan apasionado ni tan amante de las guerras como su padre. La situación difícil en que se encontraba su Estado y la desconfianza con que miraba á los romanos, los cuales, por su parte, no sentían menos aversion hacia él, le indujeron á trabajar primero bajo todos conceptos para asegurar y fortalecer sus posiciones. A este objeto, procuró robustecer las fuerzas de su comarca, reunir un cuantioso tesoro, aumentar su ejército hasta 40,000 hombres y acumular todo el material de guerra posible. Además, observó, respecto de los romanos, una política hasta cierto punto de paz y trató de hacer nuevas alianzas con las cortes de Bitinia y de Siria. Es probable que Perseo, que aunque tenia el orgullo, la ostentacion y el lujo de su padre, no habia heredado algunas faltas, tales como la peligrosa tendencia á proyectos vagos, ni poseía tampoco su buen humor, su popularidad, su modo de ser impetuoso y enérgico á la par que flexible, no pensara muy seriamente en el plan de una guerra decisiva contra los romanos. Lo cierto es que la difícil lucha que habia de terminar con la caída de los Antigónidas no fué promovida por Perseo, sino por sus enemigos, es decir, por los Atalidas y por aquel orador romano á quien no podia ocultarse que la autoridad romana iba decayendo en Grecia, que la antigua y profunda antipatía de los griegos hacia Macedonia se habia vuelto en contra suya, y que el robustecimiento interior del reino de Macedonia haria que muchos griegos considerasen á Perseo como el hombre que debia libertarles de la dominacion romana que cada día se les hacia mas insostenible.

V.—ROMA Y LOS GRIEGOS. SITUACION DE LA LIGA AQUEA. MUERTE DE FILOPEMENES

Las relaciones que existían entre griegos y romanos, en las comarcas que se extendían desde el Olimpo hasta las fronteras laconias, habian sufrido un cambio menos favorable desde la guerra sirio-etolia. Ciertamente que las islas de Cefalonia y Zacinto habian pasado á la inmediata posesion de Roma, pero los procedimientos de esta desde el año 196 con una gran parte de los helenos no eran propios para que las pos-

teriores relaciones entre el Senado y la mayoría de los griegos fuesen tan cordiales como se habia creído á raíz de la batalla de Cinoscéfale. Los romanos habian perdido una gran parte del respeto que profesaban al carácter griego: la mano fuerte que habia destruido el poder de los etolios era entonces temida y odiada por muchos helenos, agregándose á esto ciertas circunstancias que constantemente dieron origen á fuertes discordias. Tales como se encontraban las cosas entre el mar Jónico y el mar Egeo, no puede desconocerse que Roma, de un modo análogo y aun mas intenso que en anteriores tiempos, habia de ser desde entonces el punto donde debia resolverse en última instancia el porvenir de la Grecia, como se habia resuelto en la época de Antálcidas en Susa y Sardes y en la de Alejandro en Pella y Alejandría. Este estado de cosas, utilizado y exagerado por los partidos, fué muy mal visto por los griegos, pues los romanos, á diferencia de los macedonios, afines de raza de los helenos, eran considerados como semi-bárbaros por los griegos que se gloraban de ser los herederos de una antigua y gloriosa historia y que, regidos por una civilizacion antigua y por todos admirada, estimaban en mucho su importancia. Varios motivos coadyuvaban á que los griegos, sin exceptuar á los mejores de ellos, los aqueos, consideraran insostenible su dependencia de los romanos. Como en todos los tiempos, Grecia fué entonces el país de los partidos irritados, heterogéneos y desesperados y el teatro de su odio fanático. En los cantones no peloponesios nació, como ya antes hemos notado, la oposicion entre el partido romano y el democrático ó nacional, al propio tiempo que la enemistad cruel y fatal entre las clases acomodadas y los proletarios, tomó un aspecto imponente en Tesalia, donde los antiguos habitantes del Peneo ejercieron su venganza sobre los que, desde hacia siglos, venian siendo señores del país. Así como en Beocia dominaba una democracia ruda y enemiga de los romanos y en Epiro habia alcanzado de nuevo el poder el partido nacional, entre los etolios el odio de los pobres contra los ricos habia dado lugar á sangrientas escenas, formándose además un partido adicto á Roma, capitaneado por el infame agitador Toas.

En extremo perjudicial para los aqueos habia sido la union de todo el Peloponeso, porque en Esparta, que echaba de menos su antigua y gloriosa historia y su antigua influencia, y en Mesenia, en donde reinaba una oligarquía completamente inútil, se desarrolló el mas rudo de los particularismos, que mató la mejor parte de las fuerzas organizadas de los griegos. La liga fué campo de incansables revoluciones que dieron lugar á que los romanos se mezclaran de nuevo en los negocios aqueos. Y como entonces no cesaban las quejas en contra de los hombres de Estado romanos, atribuyéndoles una política malévolamente intencionada en las cuestiones griegas, la conducta del Senado no pudo menos de producir una impresion nada satisfactoria. Ciertamente que, dada la diversidad de intereses á que habia que atender en Grecia, era difícil que una simple decision del Senado apaciguara á los combatientes; cierto, igualmente, que los romanos no tenian, en un principio, necesidad de introducir la discordia en Grecia; cierto que con el tiempo el Senado, ante el cual acudían incansablemente embajadas del Mediterráneo, debió de considerar una verdadera carga el ocuparse constantemente en desmenuzar los intrincados asuntos de la pequeña vida griega que para Roma eran tan triviales, como importantes eran bajo el punto de vista político en Grecia. Dos censuras pueden dirigirse á la política romana en la cuestion griega. Sea por irónica indiferencia, sea por causa de las circunstancias ó por innobles cálculos, los romanos no pensaron en extirpar, por medio de una decision autoritaria ó de una prueba de energía, los graves males que minaban

la fuerza de los mismos aqueos, para lo cual no hubiera sido del todo inconveniente separar á Esparta de la liga aquea. Los romanos no deseaban en manera alguna renovar con los aqueos la pesada experiencia que con los etolios habian hecho; y por tanto no hubieran visto con disgusto que la larga lucha que desolaba el Peloponeso les ofreciese un pretexto ó ocasion para recordar á los aqueos la insuficiencia real de sus fuerzas. Esto, con el tiempo, habia de llegar á ser insostenible á los griegos. Los romanos, siguiendo esta práctica, no pudieron dejar de entregarse á intrigas y usurpaciones, y sin que se hablase de presion romana, ya encontraban los griegos harto pesadas las repetidas intervenciones diplomáticas, los abusos de los romanos y la tutela que ejercían. Las cosas tomaron poco á poco peor aspecto, cuando, por un lado, la direccion de la política extranjera adquirió en Roma un carácter astuto, duro y violento hasta entonces no conocido, y cuando, por otro, en distintos puntos de Grecia, en vez de nobles políticos que, simpatizando con los romanos, quisieran conservar una honrosa independencia, comenzaron á aparecer hombres que unian á su incondicional adhesión á Roma, el propósito de valerse de su auxilio para destruir á sus enemigos, los demócratas.

Los aqueos, como hemos dicho, con la incorporacion de los cantones de Mesenia y Esparta, lejos de encontrar las ventajas que se prometían, se vieron altamente perjudicados. Ya en 189 Esparta, despues de asesinar á muchos partidarios de la liga, se separó de los aqueos y solicitó el apoyo de Roma, que le fué negado por el Senado. Cuando en el año 188 un fuerte ejército aliado, á las órdenes de Filopemenes, obligó á los espartanos á entregarle los comprometidos en la sublevacion; 17 de estos fueron asesinados por los emigrantes dorios y 63 ejecutados, segun el derecho de guerra; además, para quitar toda fuerza á Esparta, las murallas fueron derribadas, los mercenarios licenciados, y los esclavos é ilotas que Nábis habia elevado á la dignidad de ciudadanos, parte fueron trasladados al extranjero y parte vendidos y reducidos á esclavitud. Finalmente, se abolió por completo la antigua disciplina de Licurgo, se introdujeron las costumbres aqueas y se arrebató á la Laconia la posesion de Belmina en el alto Eurota. Este modo cruel y desmedido de aprovecharse de la victoria hizo tanto mas segura la intervencion de los romanos, cuanto que los oligarcas dóricos repuestos en Esparta, vieron con disgusto el desarme de la ciudad, la usurpacion de Belmina y la derogacion de la constitucion de Licurgo, y comenzaron, á su vez, á intrigar desde entonces contra los mismos aqueos. Filopemenes que, en el colmo del orgullo, representaba frente á los romanos la independencia de los aqueos, se encontró en una situacion en extremo difícil, pues la nueva reforma democrática de la organizacion de la liga, que comprendía la celebracion de asambleas de aliados en todas las grandes ciudades de aquella siguiendo un determinado órden, y la concesion del derecho de sufragio aun á las ciudades de escasa importancia, le atrajo una fuerte oposicion por parte de la aristocracia. La intervencion del Senado (187) motivada por las amargas quejas de los espartanos, irritó en 186 á los aqueos, los cuales en 184 hubieron de sufrir una humillacion completa, porque el Senado, si bien decretó que Esparta debia continuar siendo miembro de la liga, quitó á los aqueos la jurisdiccion que tenian en los negocios criminales de aquella ciudad, la cual fué de nuevo fortificada y vió restablecidas las leyes de Licurgo. Por desgracia el Senado nada decidió acerca del órden interior del Estado espartano fraccionado en cuatro partidos, ni acerca del irritante *status quo*. Cuando la oligarquía de Mesenia regida por Dinócrates, halagada por el anterior ejemplo, no sin ponerse previamente de acuerdo con Flaminio, derribó el gobierno local democráti-

co y se separó de la liga, Filopemenes, que contaba ya setenta años y que habia sido nombrado por octava vez presidente de aquella, invadió con escasas fuerzas la Mesenia; pero hecho prisionero en setiembre del año 184, fué asesinado en Mesene por órden de Dinócrates. Era ya, pues, inútil que el Senado interviniera en favor de los mesenios; y cuando los romanos declararon que nada les importaba que Esparta, Corinto y Argos se separaran de la liga, la fuerza y la perseverancia de Licortas de Megalópolis, que se presentaba como sucesor de Filopemenes, consiguieron que durante el otoño del año 183 se rindiera Mesene, despues de una larga resistencia y de haberse suicidado Dinócrates. Esta vez los aqueos se mostraron mas mesurados en su victoria, estableciendo tambien poco á poco mejores relaciones con Esparta, pero perdiendo en cambio la situacion de que habian gozado hasta entonces respecto de Roma, pues los romanos ya no querian considerar su posicion en Grecia como un protectorado, sino como una hegemonía, y protegían y excitaban en todos los lugares á los elementos antinacionales, que eran las odiadas oligarquías, adictas á Roma, cuyo principal representante era entonces en el Peloponeso Calícrates de Leontio.

VI.—CALÍCRATES Y EL PARTIDO ROMANO. GUERRA DE LOS AQUEOS CONTRA EL REY DE MACEDONIA, PERSEO

No era Calícrates hombre cruel; tenia mucha habilidad diplomática y un carácter complaciente; á una gran ambicion juntaba una corruptibilidad de que hacia alarde; carecia de todo valor moral, y le guiaba tan solo la idea de conquistar para él y sus partidarios la soberania del Peloponeso, poniendo á los piés de Roma todos los intereses y la independencia de la liga aquea. Su divisa era que ante todo habia que acomodarse á la voluntad de los romanos, por mas que para esto hubiera de pasarse por encima de las leyes, juramentos, decisiones y tratados voluntariamente aceptados por los aqueos. Cuando en el año 180, y á propósito de una cuestion especial con Esparta, fué á Roma como embajador, hizo secretamente traicion á los intereses de su país, explicó al Senado las relaciones que entre los partidos del Peloponeso existían, y le aconsejó los medios de que habia de valerse para destruir el poder de los jefes democráticos y para robustecer el de la oligarquía. Elegido presidente de la liga para el próximo año de 179 por los aqueos, que lejos de sospechar su infame conducta, le tenían por el mediador mas á propósito entre Roma y los aliados griegos, pudo proceder de un modo mas marcado en pro de los romanos y, excitado por estos, reunir con éxito un partido enteramente adicto á él y á Roma, cuyo programa era: soberania personal en la liga, debilitacion de toda actividad política independiente de los aqueos, y crear á estos una situacion de aquellas que solo acostumbraban á aceptar los pueblos que se veían obligados á abandonar toda iniciativa política y á firmar con la potencia itálica una alianza en extremo desigual.

No era, sin embargo, cosa tan fácil destruir el partido nacional y democrático de los aqueos, que contaba entonces con elementos tan importantes y á cuyo frente se encontraban caudillos como Licortas y Polibio. En cambio, á medida que la influencia romana iba dominando en las esferas administrativas, se despertaba en el Peloponeso una gran simpatía hacia la Macedonia, y los aqueos no titubeaban ya en molestar al enemigo capital de Perseo, ardiente partidario de Roma, á Eumenes II, que habia aparecido voluntariamente como entusiasta filheleno, derribando todas las estatuas que en su honor se habian levantado, borrando las inscripciones á él dedicadas y aboliendo cuantos usos se habian introducido en su memoria.



Aun cuando Perseo, que era muy querido personalmente en su país, había llevado mas y mas al ánimo de los griegos el convencimiento de que una Macedonia fuerte, lejos de constituir un peligro para el resto de los helenos, afines de raza, era un baluarte importantísimo de su independencia frente á la avasalladora potencia romana; aun cuando al lado de los mas nobles elementos de Grecia existian masas no despreciables y muy poderosas, bajo el punto de vista agrícola, que ponian todas sus esperanzas en Perseo, era muy difícil que este rey ó la Grecia por sí sola pudieran sostener una guerra contra los romanos. Sin embargo, una gran marcha militar que llevó á Perseo y á su ejército á Delfos, despues de haberse vengado de los dolopes por la muerte dada á un funcionario macedónico (174), animó en alto grado á los griegos. Desgraciadamente entonces se renovaron las luchas en Etolia y la cruel guerra civil entre ricos y proletarios, que diezmó á los perrebos y tesalios y que solo pudo ser terminada por los romanos en el año 173. Por lo demás, ningun peligro ofrecian para Roma las relaciones amistosas que contrajo Perseo con las ciudades de Bizancio y Lampsaco y con los rodios, no obstante que estas últimas habían tomado un carácter marcadamente opuesto á Roma á consecuencia del apoyo que el Senado había prestado contra los rodios á sus inquietos súbditos y á Eumenes II.



El rey Perseo

En punto á política extranjera, no pecaba Roma de inocente imprevisión. Mas adelante no faltó ocasion para librar la batalla decisiva contra el rey de Macedonia, que incesantemente aumentaba sus fuerzas y ganaba, política y moralmente, en el mundo griego terreno á los romanos. Esta ocasion la proporcionó Eumenes II, el cual, poseyendo excepcionales dotes y siendo un buen gobernante de su reino, se mostró desde luego enemigo mortal de los Antigonidas, partidario y centinela avanzado del Senado en Oriente, y desempeñó respecto de los macedonios el papel de espía romano, que tanto desdecía de la dignidad real de que estaba investido. A la poco grata impresion que producía el estado de cosas en Macedonia y el de la opinion en Grecia, fomentado de nuevo por los agentes romanos, se unieron los recelos contra la política general y los preparativos militares de Perseo, de los cuales dió personal y secretamente cuenta al Senado á principios del año 172, el infame Eumenes. Una tentativa de asesinato en la persona del rey de Pérgamo, cuando éste, de regreso de un viaje por Grecia, se encontraba en el camino de Cirra á Delfos, se atribuyó á Perseo.

En Roma, donde gobernaba el partido belicoso, se decidió, desde entonces, la declaracion de guerra: esta no debía, sin embargo, comenzar desde luego, sino que debía ser antes preparada diplomáticamente bajo muchos puntos de vista, siendo uno de los principales conseguir que Perseo quedara política y moralmente aislado por completo. Comenzóse por poner término á una contienda que bajo un pretexto frívolo había encendido uno de los cónsules del año anterior en Liguria, y en Africa, á consecuencia de una amarga queja de los cartagineses, se puso á raya al rey de Numidia, con el objeto de que la república púnica no se declarara en favor de Perseo. En cambio, en el verano del año 172, se envió á Pella una embajada que presentó á Perseo una serie de reclamaciones y estaba encargada de declarar rotas las re-

laciones entre él y los romanos, en el caso de que no quisiera dar satisfaccion bastante y de que no cumpliera estrictamente las cláusulas del tratado firmado por Roma con su padre Filipo. En esta ocasion mostró Perseo todo el orgullo de los Antigonidas; declaró que consideraba nulo el tratado anterior y que estaba pronto á firmar con los romanos una alianza basada en principios iguales y equitativos. Poco despues, un emisario suyo, Harpalo, declaró en Roma que su soberano no buscaba la guerra, pero que en caso de que fuese inevitable la lucha, pensaba defenderse como hombre y como rey de Macedonia.

Esta manifestacion infundió valor á todos. Desde luego, sin embargo, echóse de ver que Perseo, en aquel momento en que iba á estallar el temible conflicto con Roma, no se había mostrado á la altura de la situacion y que no era el hombre que habían creído sus conciudadanos. Posible le era sostener con honra y éxito la guerra romana y luchar por una paz segura y permanente; mas para ello hubiera debido aprovechar las circunstancias favorables que en aquella ocasion se le presentaban, y con energía, rapidez y decision utilizar las ventajas que la superioridad de fuerzas le daba sobre los romanos. Estos habían movilizado un ejército relativamente exiguo, pues solo se habían podido reunir en Brindis 50 buques de guerra y 18,000 hombres, cuya vanguardia había sido enviada á Apolonia, durante el otoño del año 172. Dadas estas circunstancias, no podía presentarse ocasion mas favorable á Perseo para recorrer con sus excelentes tropas todos los territorios del Sur del Olimpo, derrotar en todas partes al partido romano, poner en pié de guerra todas las masas griegas, aniquilar las fuerzas romanas en Iliria é infundir con su presencia al mundo griego y heleno absoluta confianza en su direccion. Era evidente que mientras no se le viese obrar enérgicamente y con éxito, nadie se declararía en favor suyo mas allá de las fronteras macedónicas, en donde solo podía considerarse como verdadero aliado el caudillo odrisio, Cotis. Perseo, que hasta su fin no conoció bien á los romanos ni su política, no pensó en hacer lo único que podía salvarle, es decir, convertir en ofensiva la guerra defensiva que hacia á Roma. Su codicia ó su manía de no separarse de sus tesoros, repetidas veces le había reportado ventajas, porque se valía á tiempo de sus riquezas para fines políticos. Pero dejó entonces, y mas adelante, que los sucesos se fueran desenvolviendo libremente y contempló con indiferencia como la diplomacia romana le iba aislando y tendiéndole el lazo. El Senado había enviado desde el verano del año 172 representantes á todos los Estados aliados de Africa, Asia y Grecia, para trabajar contra Perseo. En cuanto el mundo griego hubo comprendido que la voluntad de Roma era destruir el poder de Perseo, pareció que había visto la cabeza de Medusa. Perseo se veía completamente aislado, como por arte de encantamiento: todas las ciudades y Estados con los cuales había contado, sin exceptuar Bizancio, Lampsaco y Rodas, le abandonaron y se apresuraron á dar á Roma la seguridad de su adhesión. En Grecia, donde el gobierno del Peloponeso había impedido que nadie se acercara oficialmente á Perseo, el partido nacional entró en decadencia. Los epirotas pusieron á disposicion de los romanos tropas de auxilio; los etolios nombraron presidente de la liga al fanático partidario de los romanos, Licisco, y el mismo Perseo, á quien visitó su antiguo huésped, Q. Marcio Filipo, que en Grecia y Larisa trabajaba en pro de los romanos, y que sabía perfectamente que el Senado quería emprender á toda costa la lucha y deseaba tiempo suficiente para hacer los preparativos necesarios, se dejó persuadir de la conveniencia de enviar á Roma una embajada sin objeto alguno determinado. El propio Marcio supo derribar el go-

bierno democrático de Beocia, y entronizar allí la oligarquía; Calcis fué ocupada por mil aqueos, teniendo que huir á Pella el amigo de Perseo, Neon, y se salieron de la alianza que habían formado con Perseo las ciudades de Coronea, Tisbe y Haliartos.

Como se puede suponer, el Senado durante la primavera del año 171 se desentendió de la última embajada de Perseo, y habiéndola hecho salir de Roma, el rey se vió reducido únicamente á su audaz pueblo, á su excelente ejército, á su alianza con Cotis, y á las relaciones con muchos pueblos bárbaros. Esto no obstante, no se descorazonó y se puso al frente de un ejército de 43,000 hombres, entre los cuales se contaban 21,000 falangistas, 4,000 caballos, algunos millares de hipaspistes y un buen número de mercenarios y soldados griegos. La direccion que Roma imprimía á la guerra no correspondía ciertamente á la antigua fama de las armas romanas; mas por desgracia, Perseo mostró en aquella ocasion que si sabía vencer como buen soldado en los combates parciales, era incapaz de aprovecharse de sus victorias y de dirigir una guerra importante. Además cometió la falta de temer una batalla decisiva y de suspirar, despues de cada combate parcial, por hacer pronto la paz, en vez de aniquilar á los romanos de un solo golpe decisivo.

La guerra comenzó durante la primavera de 171. Mientras el pretor Cayo Lucrecio y su hermano Marco conducian 40 buques de guerra y 10,000 soldados de marina desde Cefalonia á los mares beocios, Perseo había dejado que el ejército de tierra, mandado por el cónsul Publio Licinio Craso, caudillo ambicioso, desconsiderado y de escasas dotes militares, entrara sin obstáculo alguno en Tesalia, procedente de Apolonia, por el paso de Gonfoi. Los romanos disponian de unos 40,000 soldados itálicos y además de 10,000 númidas, ligurios, griegos, cretenses y pergameses. Cuando Craso con el cuerpo de ejército mas numeroso penetró en la comarca de Larisa, Perseo poseía y había fortificado el paso del Tempe y se encontraba con su ejército en las estribaciones del Osa, junto á Sicurion. La suerte le favoreció en aquella ocasion, pues librada la primera batalla formal de la campaña, junto á la colina de Calicinos, entre Sicurion y Larisa, en la orilla izquierda del Peneo, consiguieron él y su aliado Cotis, con su excelente caballería y sus tropas ligeras, derrotar por completo á los romanos: aquellos solo perdieron 60 hombres; estos tuvieron 2,000 muertos y 600 prisioneros. Pero era tal el estado de abatimiento en que se encontraba el rey y tal el temor que de él se había apoderado, que no solo no impidió la retirada á Licinio á la orilla izquierda, sino que propuso al cónsul la paz, basada en el restablecimiento del tratado del año 196; á cuya propuesta respondió Licinio con puro arte romano, intimando á los macedonios á que se rindieran á discrecion.

La suerte fué durante mucho tiempo adversa á los romanos, á causa de la incapacidad y brutalidad de sus generales, que no supieron evitar la indisciplina de su ejército. Entonces se echó de ver que entre la nobleza de Roma había pocos hombres que no poseían ninguna de las dotes militares que caracterizaban antiguamente á los jefes romanos.

La victoria conseguida por Perseo en el Peneo había animado á todos los griegos. Dijose entonces que el estado mayor de Licinio, que, no habiendo conseguido nada durante el verano, estableció harto prematuramente sus cuarteles de invierno en Tesalia y Beocia, achacaba la culpa de la derrota sufrida á la cobardía de los etolios; censura del todo inmerecida. Licinio envió algunos de los oficiales mas odiados por él á Roma, en donde debían ser juzgados por su cobardía y traicion. Además, el almirante Cayo Lucrecio no solo había destruido la ciudad de Haliartos, que se había

reducido despues de una heroica resistencia, sino que había reducido á la esclavitud á todos los tebanos que no eran adictos á Roma, haciendo lo propio en Coronea, que asimismo había debido rendirse ante la fuerza de las armas romanas. Mas ruidoso fué el acto de salvajismo cometido en la fiel ciudad de Calcis, en donde los romanos saquearon los templos y casas particulares, violaron á mujeres y niños y abusaron cruelmente de los ciudadanos libres, á quienes vendieron como esclavos, mientras la escuadra romana se dejaba derrotar en Oreos por una pequeña escuadra macedónica y apresar cuatro penteremes y una porcion de buques de transporte. De esta suerte muchas municipalidades aliadas del Asia Menor y de Grecia, sin exceptuar á Atenas, quedaron arruinadas por las exorbitantes cargas que sobre ellas hacian pesar los romanos.

La incapacidad de los generales de Roma levantó en Grecia una atmósfera que hubiera podido ser muy peligrosa para los romanos, á haber sido Perseo un hombre como Antígono Doson. El incendio estalló en el Epiro, cuyo principe Carope, adicto á Roma, sobrino del antiguo aliado de los romanos, y hombre de mal proceder, calumnió á los mas eminentes del partido nacional, de tal suerte que estos, para atender á su personal seguridad, hubieron de aliarse con Perseo, arrastrando consigo, en la primavera del año 170, á todo el pueblo, á excepcion de los tesprotas, y promoviendo un levantamiento contra Roma. Los generales romanos, el almirante L. Hortensio, que por los crueles abusos cometidos en la ciudad de Abdera (la cual protestó en Roma contra tales actos) se conquistó una mala reputacion, y el cónsul Mancino, tan inepto como Licinio, que hubo de detenerse en Tesalia á causa de la desorganizacion de su ejército y de la dificultad de encontrar las provisiones necesarias, estos generales, decimos, nada consiguieron durante el año 170; las tropas romanas que operaban contra el Epiro y, desde la Iliria, contra la Macedonia occidental, fueron en todas partes derrotadas, y entonces pudo Perseo intentar, durante el invierno de 170 á 169, un ataque formal que arrojó á los romanos de Iliria, y una expedicion, sin éxito hasta Etolia.

Siendo el estado de cosas en el teatro de la guerra en Macedonia tan poco favorable á los romanos, el Senado se decidió por fin á proceder por medio de severos castigos y de decretos contra los crueles abusos cometidos por los romanos durante la guerra, y para el año 169 envió á Tesalia al cónsul Q. Marcio Filipo que se distinguía mas como diplomático astuto que como general. Era personalmente un hombre valeroso que con su temeridad consiguió, despues de inauditos trabajos, desde Tesalia y atravesando el difícil paso del Olimpo, flanquear las posiciones con que los macedonios habían obstruido el camino que desde Tempe conducía á sus territorios. Marcio llegó en efecto, hasta el extremo meridional de Macedonia, pero se encontró todavía en una posicion sumamente difícil, porque, al Norte, le cortaban el camino la fortaleza de Dion y un campamento fortificado, á sus espaldas tenia el Olimpo y los macedonios de Tempe, y por el lado del mar el almirante Marcio Fígulo le había abandonado por completo. Si Perseo hubiese sido hombre de energía, hubiera podido coger prisionero á todo el ejército romano; pero este rey perdió la cabeza, ó la confianza en una parte de sus oficiales; y abandonando precipitadamente el valle de Tempe y las posiciones de Dion, dejó á los romanos completamente libre el camino de Tesalia á Macedonia, no obstante que por falta de provisiones todavía no podían adelantarse mas al Norte.

Pronto se encontró el rey en situacion de volver á apoderarse de Dion y de fortificar convenientemente esta plaza importante, adquiriendo al Sur de la misma, en la orilla sep-